

ENTRE TODAS las nuevas industrias que el viajero encuentra en los Estados Unidos, ninguna resulta más simpática y, a la vez más alarmante, que la industria de las tarjetas. Para cada ocasión, hay una tarjeta impresa. No se trata sólo del saludo de navidad o el recuerdo del cumpleaños. Las declaraciones de amor, las expresiones de agradecimiento, la preocupación por una enfermedad, los deseos de buen viaje y hasta los insultos, tienen sus tarjetas artísticamente decoradas y con las inscripciones del caso en verso o en prosa, de acuerdo a la sensibilidad del remitente.

Cuando los diarios norteamericanos empezaron a noticiar la epidemia de influenza, los escaparates de las tiendas de tarjetas se llenaron de ejemplares que decían: "Lo siento, sé que te pescó la epidemia" y, como más barato es por docena, los clientes compraban esas tarjetas en grandes cantidades, sabiendo que a más de un conocido le habría de llegar la grippe asiática. En otra vitrina se lee: "Exclusivo, tarjetas insultantes" y, allí, con humorísticos dibujos, uno puede elegir el insulto más conveniente y al más bajo precio para su más odiado enemigo. Al revés de lo que sucede con las otras tarjetas, en que uno primero piensa en la persona o la ocasión y busca, después, la tarjeta apropiada, con las tarjetas insultantes sucede lo contrario. Uno mira el dibujo, lee el o los insultos y, de inmediato, se imagina a quién se lo diría. Es una experiencia interesante y, hasta cierto punto, estimulante.

Sin embargo, esta epidemia de tarjetas, tiene una contrapartida que ya ha empezado a preocupar a los sociólogos. ¿Hasta qué punto ellas están limitando la inventiva del

norteamericano medio y le está cercenando su imaginación y su capacidad de expresarse con sus propias palabras? ¿En qué forma las tarjetas impresas influyen a una generalización de los sentimientos que se expresan siempre en términos semejantes? Muchos padres que reciben de sus hijos

delicadas tarjetas en que en pegajosos versos hacen alarde de su amor filial, deben pensar si la lectura impresa co-

"Tarjetas"

SERGIO VODANOVIC

responde efectivamente a los verdaderos sentimientos y lo que se dice de los padres, habrá que repetirlo respecto a las esposas, el día de aniversario de bodas, a la muchacha que recibe una declaración amorosa, o al amigo que asegura haber pasado una tarde encantadora en la fiesta del día anterior.

Porque, eso sí, a pesar de la variedad de tarjetas, ellas no pecan de sutiles. Siempre te reptirán las mismas palabras de elogios o de buenos augurios y la amistad, el afecto o el amor estará escrito con las mismas engoladas frases.

Si un desdichado enamorado quiere expresar su inmenso amor con algo de angustia, entremezclando sus esperanzas y su dolor, insinuando el fracaso, esperando el triunfo, buscará y buscará en todos los escaparates, sin encontrar la tarjeta adecuada y, como ya habrá perdido el hábito de expresarse en otra forma que no sea a través de las multicolores tarjetas, no le quedará otro camino que el señalado por el viejo y despreciado Campoamor:

"Escribidme una carta, señor cura...".

¿Pero habrá aún curas capaces de escribir cartas de amor como en el viejo poema de Campoamor?